



Will
Carver **Los buenos
samaritanos**

Los buenos samaritanos

Will
Carver

Traducción de
Yara Trevethan Gaxiola

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1507

Título original: *Good Samaritans*

© Will Carver, 2018

© por la traducción del inglés, Yara Trevethan Gaxiola, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2020

ISBN: 978-84-233-5797-0

Depósito legal: B. 11.190-2020

Impresión y encuadernación: Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

Estaba preocupada. De eso no me cabía ninguna duda. La lista de las cosas que odiaba de mí misma era larga y fácil de hacer. Y como tanta gente que necesita el apoyo de las personas que la rodean, que necesita poder hablar sin miedo a que la juzguen o a hacer el ridículo, que necesita amor, ánimo y pensamientos positivos, yo estaba sola. Todos se habían rendido. Incluso quienes aún formaban parte de mi vida esperaban, contando los días, esa llamada telefónica que les informara de que al final lo había logrado, y así ellos podrían continuar con sus vidas sin que Hadley Serf se entrometiera en su camino.

Ya había tratado de suicidarme antes.

Lo había intentado muchas veces.

La primera vez —o, en realidad, la que todo el mundo pensaba que había sido la primera— consistió en el clásico intento de cortarme las venas. A pesar de lo mal que lo había planeado y lo mal que lo hice, la gente comenzó a prestarme atención y a escuchar.

Estaba sola en mi casa y estaba harta. Cogí una navaja de afeitar con la mano derecha, la coloqué sobre mi antebrazo izquierdo, presioné contra la piel y corté hacia abajo, sobre la muñeca, hacia la palma de la mano. Yo pensaba hacer el corte en transversal, pero acababa de ver una película en la que explicaban claramente que ésa no era la mejor manera de hacerlo. Qué vergüenza que te

encuentren muerta con las muñecas seccionadas de la forma equivocada. Nunca lo habría superado.

Sólo me corté la muñeca izquierda, un buen tajo de diez centímetros, y luego llamé a mi novio. Él llegó enseguida y me llevó al hospital. Después, responsable y diligente, llamó a mis amigos para contarles lo que había sucedido.

Todos dejaron lo que estaban haciendo y vinieron a verme.

No lo entendían. Era incómodo.

Y lo sigue siendo, puesto que en realidad nunca se han molestado en escarbar un poco más hondo.

En tratar de comprender hasta qué punto no me soporto. Y esa lista de cosas que detesto, que no puedo arreglar y que no para de crecer.

Especulan entre ellos y dicen que es culpa de mi padre, que toda la vida ha sufrido de depresión pero no lo reconoce. Él siempre ha menospreciado a Hadley; eso es lo que dicen. Y otras cosas como «No entiendo por qué está tan deprimida. Sus padres tienen un montón de pasta».

Bostezan.

Resoplan.

Escupen.

Claro que a mí no me importa la ostentosa riqueza de mi familia. Pensé en mi padre, mi madre y mi hermano pequeño antes de arrastrar la navaja por mi piel y abrir una vena azul oscuro que liberaba a un precioso gusano carmesí. Pensé en ellos y en lo mucho que les dolería saber que estaba muerta. También pensé en mi novio. Y en todos mis amigos. No fue una decisión que tomara a la ligera. Suponía que, a la larga, sus vidas serían verdaderamente mejores y más plenas sin mí. E imaginé que la mía también mejoraría muchísimo si dejaba de interponerme en mi propio camino.

Lloro.

Finjo.

Sangro.

He tratado de explicárselo a mis amigos y ellos han intentado entenderme. Fueron comprensivos durante un par de semanas, pero luego pensaron que ya lo había superado y continuaron con sus vidas.

Y mi novio cortó conmigo al cabo de más o menos una semana.

2

—Samaritanos, ¿en qué puedo ayudarle?

Siempre empezaba así. Era la tercera llamada que recibía esa noche. Ningún suicida, ése era un prejuicio habitual. Sólo era tarde. A menudo las personas llamaban porque todos sus amigos estaban dormidos y no tenían a nadie con quien hablar sobre sus problemas de pareja, preguntar sobre su sexualidad o simplemente porque se sentían solas.

En ocasiones, aunque no era muy frecuente, se trataba de una broma. Alguien que no necesitaba charlar, que no buscaba ayuda, alguien a quien ninguna pregunta —que no pudiera responder por sí mismo— le removía las entrañas. Una persona que, por el contrario, cree que es divertido hacer perder el tiempo a los demás; robar los valiosos segundos de quienes de verdad necesitan apoyo y compañía.

Ya había recibido tres llamadas. Ninguna de ellas había sido una pérdida de tiempo, no para él. Estaba ayudando; estaba ahí para quienes más lo necesitaban.

Trataba de llenar el vacío en su interior.

Trataba de purificarse.

Se llamaba Ant. Tenía veinticinco años. Había terminado la universidad y había viajado con su amigo James por Australia, Nueva Zelanda y Fiyi. A los dos meses de lo que parecía ser la mayor aventura de su vida, Ant en-

contró a James colgado detrás de la puerta del baño, con un cinturón de piel alrededor del cuello y su miembro viril en la mano.

Parecía un accidente; a menudo estas situaciones lo parecen. El viaje terminó y Ant ayudó con el papeleo para enviar el cuerpo de regreso al Reino Unido. Y justo cuando estaba a punto de averiguar lo que quería hacer con su vida, Ant perdió el rumbo.

Impuro y sin esperanza.

Entonces todo cambió. A partir de ese momento, se sintió irremediabilmente sucio.

En un intento por lidiar con lo que había sucedido, se ofreció como voluntario con los Samaritanos. Y ahora, años después, seguía allí, escuchando a alguien que probablemente deseaba imitar el camino de James; pero esta vez él podía ayudar.

Y cuando lo hacía, sólo en ese momento, se sentía un poco menos impuro, un poco menos perdido.

3

En general, sólo colgaban el teléfono.
Quienesquiera que fueran.
Seth no lo sabía.
Él solamente marcaba un número al azar.
Y esperaba establecer algún vínculo.

La cosa va más o menos así.

Hay dos sofás en el salón. Uno de dos plazas para Seth, en el que está sentado, y otro de tres plazas para su esposa, donde ella se recuesta y se queda dormida sistemáticamente en mitad de un programa de televisión que ha insistido en que vean. Esto es a lo que llamamos *matrimonio*. Rutina. Sentar la cabeza. Establecerse. Conformarse. Él cree que ella no es consciente de que son infelices porque es demasiado patético pensar que ambos permiten que eso suceda.

Ella se pierde la segunda mitad del programa. Él lo ve hasta el final, pero sólo por si ella se despierta y se da cuenta de que él está interesado en algo que no le derrite el cerebro y hace que se le escurra por los oídos. Lo que él quiere es apagar el televisor. Leer un libro. Hacer un poco de ejercicio. Masturbarse. Coger uno de esos cojines del sofá con motivos florales, uno de esos que sí, que de verdad hacen de hilo conductor y armonizan todo lo que

hay en la habitación, colocarlo sobre su rostro y presionar con fuerza para no tener que volver a tragarse otro minuto de *Las inverosímiles amas de casa privilegiadas de alguna ciudad estadounidense que me interesa una mierda*.

Desea un poco de calidez.

Sentirse amado. Necesitado. Deseado.

Pero lo soporta. Ve el programa mientras ella ronca. No recuerda el nombre de ninguno de los personajes; tampoco nada que le guste de su mujer, ni siquiera recuerda ya las razones por las que se enamoró de ella.

Así son las cosas.

Aparecen los créditos. La despierta. Ella se disculpa. Él responde algo así como: «No te preocupes, amor. No te has perdido nada». Luego, ella se va a la cama. Antes acostumbraba a darle un beso de buenas noches, pero hace ya un par de años que ha dejado de hacerlo. Él lo prefiere así. No le gustaba. Le parecía forzado.

Entonces se queda a solas con sus pensamientos, sus ideas, sus angustias. Y nadie con quien compartirlos. Nadie con quien compartir la carga.

Quiere descolgar el teléfono y marcar un número. Pero aún es pronto. Sería como admitir la derrota, porque, quién sabe, esta noche podría ser la noche. Podría quedarse dormido. Podría permanecer dormido.

Ni se rinde ni se empeña.

Así es siempre.

Así ha sido durante dieciocho años.

Su velada continúa.

Pasa los canales de televisión uno tras otro sin ningún objetivo en concreto. Quizá albergue la pequeña esperanza de encontrar una película en la que una mujer muestre los pechos, porque no siempre puede confiar en su imaginación cuando desea agarrarse la polla. Ya no tienen sexo. Él aún cree que tal vez coja el sueño después del orgasmo. Pero sólo siente fastidio; el placer dura un segundo. Más o menos. Antes era capaz de controlar el

final, de prolongarlo, de hacerlo durar. Ahora empieza a parecerse a ir a trabajar. Ya no lo hace por placer.

Es la verdad y la nada. En el momento del clímax, cuando no puedes negar el placer del orgasmo por corto que sea, ahí hay una irremediable nada. En ese instante, todo es verdad. Y él se aferra a eso, porque todo lo demás en su vida parece ser una jodida mentira.

Seth no puede dormir y eso es un problema. Afecta a toda su vida y todo en su vida afecta a la falta de sueño.

Y entonces todo se viene abajo; el inevitable descenso. Porque no existe nada que supere ese medio segundo de placer. El nefasto día de Seth está a punto de empeorar.

¿Podría esforzarse más? ¿Debería? La situación no es desagradable. Nunca discuten. De vez en cuando ella lo menosprecia, pero él supone que sólo lo hace para sentirse mejor consigo misma. Ha oído decir que el matrimonio es un compromiso. Supone que eso es lo que está haciendo ahí: comprometerse. A veces le permite que lo haga sentir como una mierda, y otras, para compensar, ella se va a la cama temprano.

A veces tiene ideas. Son ideas que sobrepasan su increíble falta de habilidades, pero aun así él piensa en cosas; en todas esas cosas que podría hacer, pero se convence de que no tiene tiempo. Podría abandonar su vida. Podría salir y empezar de cero. Podría coger su clarinete, volar a Nueva Orleans y tocar en las calles. Podría leer más, y con leer no se refiere a las doscientas novelas contemporáneas que su esposa ingiere cada año mientras va al trabajo y que olvida a los segundos de haberlas terminado. Se refiere a libros importantes. Todos esos estadounidenses que vivieron en París en los años veinte y escribieron textos que deberían ser leídos. Podría aprender un idioma. Podría hacer cualquier cosa. Tiene tiempo. Pasa mucho tiempo despierto. Lo que lo detiene es su estado mental.

Tiene el ánimo alto. La condición baja. El cerebro se le acelera. Estos tres sencillos ingredientes son suficientes

para que ahora Seth se mantenga despierto las próximas seis horas. Pasa una cuarta parte del día sin hacer nada. Está cansado. Exhausto. Pero de algún modo también hiperreceptivo. Estimulado. Y, al mismo tiempo, sin ganas, apático. Sólo quiere dormir. Y no puede.

¿En esto se ha convertido ahora?

¿Quién era antes?

¿Era amable? ¿Lo sigue siendo?

Se le van tres horas golpeando el suelo con el pie y cambiando los canales en la tele. Mira a medias un programa antes de zapear de nuevo.

Al final se decide y levanta el auricular. Hojea su agenda, su guía de teléfonos casera elaborada a partir de una base de datos de miles de clientes que han hecho pedidos en DoTrue, la compañía de ordenadores donde trabaja. Encontró el archivo mientras solucionaba un fallo en el portátil de su jefe.

Seth se detiene en una página al azar. Marca el número y espera. Suenan siete tonos. Un hombre responde. Su acento parece ser el de alguien que vive a ciento diez kilómetros al norte de donde se encuentra Seth.

—¿Diga?

—¡Ey! Soy Seth. No puedo dormir. ¿Quieres hablar?

—Vete a la mierda, anormal.

Golpea el teléfono al colgar.

Y así empieza.

Otra noche.